

**COMUNICACIÓN: D. Joan Bestard Comas**  
**3º sesión del I Seminario: “Los Nuevos Escenarios Mundiales”**

## REFLEXIÓN ÉTICA SOBRE EL DESARROLLO EN EL MARCO DE LA GLOBALIZACIÓN

Es, sin duda, un principio básico de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) que la economía debe estar siempre al servicio de las personas y de los pueblos.

Urge saber conectar la economía del desarrollo con la ética solidaria. Una economía sin ética es una economía desalmada y una ética sobre cuestiones económicas, sin tener muy en cuenta las leyes de la economía, es simple voluntarismo.

Hoy, la cuestión social tiene una dimensión planetaria y el punto más preocupante de la misma es, sin duda, la enorme desigualdad entre el Norte industrializado, desarrollado y rico, y el Sur atrasado, subdesarrollado y empobrecido. Si bien, al hablar del Sur, hay que advertir que existen dos notables excepciones: Australia y Nueva Zelanda, que en el Informe del PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo) ocupan el puesto 2 y 19 respectivamente del IDH (Índice de Desarrollo Humano)<sup>1</sup>.

Uno de los aspectos más llamativos entre las primeras encíclicas sociales y las más recientes es la notable ampliación del horizonte cuestionador, que de circunscribirse a la "situación de los obreros", según la *Rerum Novarum* de León XIII<sup>2</sup>, ha pasado a abordar -como nos indica la *Sollicitudo rei socialis* de Juan Pablo II- una problemática propia de la humanidad entera cual es la del desarrollo auténtico del hombre y de la sociedad<sup>3</sup>.

Se hace necesario saber compaginar -tarea nada fácil- las exigencias económicas del mercado (eficiencia, competitividad, productividad) con las exigencias de la ética solidaria.

¿Es posible el diálogo entre la economía y la ética? Para algunos la pregunta

---

<sup>1</sup> Cf. PNUD 2001, p. 145.

<sup>2</sup> Cf. RN 1.

<sup>3</sup> Cf. SRS 9.

es superflua y podría tener cabida, a lo más en los ambientes académicos. Otros, en cambio, para quienes la persona humana es el centro de la preocupación al analizar los procesos históricos, se trata de una de las exigencias vitales que el proceso de globalización está planteando. No hay duda que el formidable progreso que hemos presenciado y disfrutado -por lo menos los más afortunados- es un signo positivo y estimulante. Con todo, la euforia de los primeros años se está convirtiendo en un motivo serio de preocupación, como se ha podido constatar en la última reunión del Foro de Davos que este año escogió a New York por el simbolismo que dicha ciudad representa desde los atentados del 11 de septiembre. Allí el tema de la gobernabilidad de la globalización se puso al centro de la discusión. Se ha podido constatar que la formidable máquina del progreso puede llegar a arrollar a sus mismos inventores.

Avanzar hacia el *desarrollo humano* de los pueblos pobres significa que hombres y mujeres puedan obtener, por sí mismos, ingresos para llevar una vida digna, que esta vida sea más larga y saludable, que tengan acceso a la educación. Pero también que ese desarrollo no sea agresivo con el medio ambiente y venga acompañado de libertad política y de respeto por los derechos humanos.

Y este desarrollo humano debe llevarse a cabo en un marco cada vez más global. Hoy se puede hablar del *desafío de la globalización*. Y un desafío no es una derrota ni una panacea, sino un estímulo punzante que nos impulsa a buscar y a encontrar alternativas a un modelo de mundo comunicacional radicalmente distinto al de antaño.

Respecto a la globalización, creo que deben evitarse condenas globales superficiales y exaltaciones infundadas. Lo correcto, científicamente hablando, es saber captar el fenómeno, analizarlo con precisión, darse cuenta de por qué es así y proyectar una acción transformadora creíble y eficaz, basada en un concienzudo estudio de la realidad sociológica que entraña. En sí no hay maldad ni bondad en la globalización. Hay maldad en la injusticia que puede producir si se orienta mal. Y hay bondad en la solidaridad que puede generar si se enfoca debidamente. Es un fenómeno que necesita ser afrontado no desde las emociones y los prejuicios, sino desde el planteamiento más riguroso, desde el empeño más inteligente y desde el discernimiento más lúcido. No se trata, pues, de posicionarnos contra la globalización, sino de abogar por una globalización humana y humanizante. Urge, en definitiva, globalizar no sólo la economía y las finanzas, sino también y, sobre todo, la política, la información, la justicia, la solidaridad y la participación libre y responsable de todos, también de los "últimos".<sup>4</sup>

Cuando uno observa con realismo la situación de los países pobres, llega a la conclusión de que nuestro planeta se ha convertido en un "*planeta de naufragos*": son los millones de seres humanos que nacen a la vida sólo para morir antes de tiempo, víctimas de la miseria.

---

<sup>4</sup> Cf. TETTAMANZI, Dionigi (MUSSO, Bruno, ed.), *Globalizzazione: una sfida*. Casale Monferrato (AL), Edizioni Piemme, 2001, pp. 133 y 145.

La Iglesia no puede permanecer indiferente ante el clamor de estos "náufragos" y seguir llamándose cristiana. Los creyentes en Jesús debemos aproximarnos a los más necesitados y hermanarnos con ellos, y nunca pasar de largo ante los caídos en la cuneta de la historia. Los cristianos somos plenamente conscientes de que el egoísmo económico produce insolidaridad social y de que el futuro de la humanidad no puede fundamentarse sobre el individualismo feroz y la cruel competencia,<sup>5</sup> sino en la libre implantación de los valores de la solidaridad, el bien común y la universalidad de los derechos humanos.<sup>6</sup>

La llamada cuestión social de nuestro tiempo, es decir, la que enfrenta a los países desarrollados y a los subdesarrollados, únicamente puede encontrar vías de solución en la solidaridad. Esta exigencia de solidaridad, a juicio de Juan XXIII en la *Mater et magistra* (1961) y del Concilio Vaticano II en la *Gaudium et spes* (1965), se presenta como especialmente urgente.<sup>7</sup>

Sólo la solidaridad que se fundamenta en que los bienes de la tierra están destinados a todos y que se basa en la igualdad fundamental de las personas, puede hacer surgir un *nuevo orden económico internacional* que permita confiar en la posibilidad de un desarrollo humano sostenible para toda la humanidad. Sólo la solidaridad es la base para la política del futuro. *Sin el valor ético de la solidaridad, sin una globalización solidaria, el desarrollo humano de los pueblos pobres será inviable y peligrará la paz en el mundo.*

---

<sup>5</sup> El documento de trabajo de los Jesuitas latinoamericanos sobre el capitalismo neoliberal hace una crítica muy dura sobre el mismo, como ya vimos en el apartado 2 del capítulo II, destacando, sobre todo, la *exacerbación del individualismo y de la competencia*. Cf. JESUITAS DE LATINOAMÉRICA, "Neoliberalismos en América Latina. Aportes para una reflexión común. Documento de trabajo", tomado del *Servicio Informativo de la Compañía de Jesús en el Ecuador* 102 (1996) y publicado en el *Servicio de prensa para religiosos y religiosas de España*, enero/marzo (1999), p. 20.

Y Luis González-Carvajal, acerca de la posición neoliberal en el campo económico, escribe: "En los últimos años se ha ido abriendo camino la idea de que, en un mundo con mayores grados de incertidumbre, las economías nacionales necesitan a toda costa ser más flexibles. Se nos dice que no hay alternativas. Y, de hecho, hoy todos caminan por el sendero neoliberal. Los partidos de derechas lo hacen de forma triunfalista y los partidos de izquierdas lo hacen de forma vergonzante, pero el caso es que unos y otros obedecen a la batuta de Milton Friedman.

A nosotros, como cristianos, nos deberían preocupar las consecuencias que esa nueva política económica tendrá para los colectivos más débiles. Digámoslo claramente: ¡El mercado no ayuda a los débiles! Hace ya más de cien años, un famoso dominico francés, el P. Lacordaire, decía que 'entre el fuerte y el débil, entre el rico y el pobre, la libertad oprime y las leyes liberan' (Con una expresión más desgarrada decía Rosa Luxemburg que la libertad defendida por los liberales no es otra que 'la libertad del zorro libre en medio del gallinero libre')" (GONZÁLEZ-CARVAJAL, Luis, "La riqueza en un mundo insolidario. La solidaridad de los cristianos", en *Misión abierta* 3 (1988-89), p. 87).

<sup>6</sup> Cf. VITORIA, Francisco Javier, *Cristianismo beligerante con la injusticia. Manifiesto a los 20 años de "Cristianisme i Justícia"* (Cuaderno n. 100). Barcelona, "Cristianisme i Justícia, 2001, pp. 5-10 y 18.

<sup>7</sup> Cf. MM 157 y GS 84 a.

Es precisamente la persistente situación de pobreza y de desigualdad lo que ha cercenado las expectativas de paz que parecían haberse creado tras el fin de la guerra fría (1989). Una sociedad en la que dominan las guerras, los despilfarros armamentistas,<sup>8</sup> el subdesarrollo, el desempleo y el deterioro del medio ambiente, ha renunciado a la utopía.<sup>9</sup> Y una sociedad que renuncia a la utopía no tiene futuro.

La globalización debería construirse respetando profundamente el *principio de solidaridad* (que nadie sea excluido del *desarrollo humano*) y el *principio de subsidiariedad* (que nadie sea despojado de su propia autonomía).<sup>10</sup> Solamente la solidaridad y la subsidiariedad pueden ofrecer un rostro humano a la globalización.

Para Juan Pablo II, el reto del tercer milenio consiste en "*globalizar la solidaridad*" entre los hombres y los pueblos. La ética de la solidaridad es la máxima garantía contra los desequilibrios de la actual globalización. Por la educación y la formación de las conciencias se llegará a globalizar la solidaridad.

La globalización no puede convertirse en un camino de una sola dirección: crecimiento económico. Debe ser además camino de repartición equitativa de este mismo crecimiento. No olvidemos que la globalización económica es un excelente mecanismo para generar riqueza, pero no para distribuirla.

Todos los discursos política y culturalmente correctos hacen constantes referencias a la solidaridad y, no obstante, se constata la escasa funcionalidad práctica que tiene ésta para la vida social, sobre todo, a la hora de ayudar al desarrollo humano de los países pobres.

Sólo con voluntad política, solidaridad y coordinación entre los Estados, la

---

<sup>8</sup> El P. Lebreton afirma que reduciendo los despilfarros armamentistas, sería posible la dinamización general de la economía mundial. Cf. LEBRET, Louis-Joseph, *Dinámica concreta del desarrollo*. Barcelona, Ed. Herder, 1966, p. 426.

<sup>9</sup> Aquí "utopía" no es sinónimo de "ilusión" o "quimera". Por utopía entiendo la fuerza imaginativa que sabe proyectar lo realmente posible para el mañana. Ahora bien, ¿puede subsistir la utopía en medio de un "*pensamiento único*" neoliberal que lo invade todo? ¿Podemos todavía ser utópicos -idealistas, en el mejor sentido del término- ante un pensamiento ideológico dominante que se presenta como el único posible y sin alternativa? En medio de la euforia neoliberal decrece la genuina utopía y es alarmante el déficit creciente de humanismo solidario.

El "*pensamiento único*" es la tendencia ideológica que se da en el último cuarto del siglo XX, consistente en una mezcla de conservadurismo político y moral, y de liberalismo económico. "El '*pensamiento único*' -afirma Joaquín Estefanía- interpreta la realidad social en clave economicista, identifica la democracia con el mercado, convierte la solidaridad en subsidiaria del valor superior de la eficacia, y reduce al ciudadano, en muchas ocasiones, a mero recurso humano. Es la ideología que ha predicado el fin de las ideologías" (ESTEFANÍA, Joaquín, *Diccionario de la nueva economía*, Barcelona, Ed. Planeta, 2001, p. 283).

<sup>10</sup> Para que la solidaridad no sea mera asistencia, debe tenerse muy en cuenta el principio de subsidiariedad.

erradicación de la pobreza en los países en vías de desarrollo será una meta alcanzable.

"La globalización -afirmó el Papa Juan Pablo II en su discurso al Cuerpo diplomático, día 10 de enero de 2000- que ha transformado profundamente los sistemas económicos creando inesperadas posibilidades de crecimiento, también ha dejado a muchos al borde del camino: la desocupación en los países más desarrollados y la miseria en demasiadas naciones del hemisferio sur continúan teniendo alejados del progreso y del bienestar a millones de mujeres y hombres.

Por esta razón me parece que el siglo que se abre deberá ser el siglo de la solidaridad".<sup>11</sup>

Y el mismo Juan Pablo II, ya en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, movido por esta misma idea fundamental de la solidaridad que tanto aprecia, había escrito:

"El lema del pontificado de mi venerado predecesor Pío XII era 'Opus iustitiae pax', la paz como fruto de la justicia. Hoy se podría decir con la misma exactitud y análoga fuerza de inspiración bíblica (cf. Is 32, 17; Sant 3, 18), 'Opus solidaritatis pax', la paz como fruto de la solidaridad.

El objetivo de la paz, tan deseada por todos, sólo se alcanzará con la realización de la justicia social e internacional, y además con la práctica de las virtudes que favorecen la convivencia y nos enseñan a vivir unidos, para construir juntos, dando y recibiendo, una sociedad nueva y un mundo mejor".<sup>12</sup>

Todo está cambiando por efecto de esta gran revolución que se llama "globalización" y que puede conseguir unir a los hombres si se orienta debidamente. Negar sus grandes posibilidades o ralentizar su evolución no es útil ni posible. *Lo que importa es avanzar hacia la globalización de la solidaridad y de los derechos humanos*. Sin solidaridad, sin respeto por los derechos humanos, la globalización significará mayor enriquecimiento de los países ricos y mayor exclusión de los pobres. Con solidaridad, con promoción de los derechos humanos, en cambio, la globalización puede convertirse en factor decisivo de progreso para todos los pueblos del mundo.

A los cristianos, el proceso de globalización nos invita a un *discernimiento ético*, orientado a promover el pleno desarrollo humano de millones de mujeres y hombres a fin de respetar su dignidad y creatividad personales.<sup>13</sup> Hoy la globalización, con sus potencialidades y riesgos, juega un papel cada vez más relevante en la vida humana. Y esto vale tanto para la política como para la economía y para la cultura,

---

<sup>11</sup> JUAN PABLO II, *Discurso al Cuerpo Diplomático ante la Santa Sede* (10.1.2000), en *L'Osservatore Romano* (10-11.1.2000), p. 7. Véase nota n. 473 del capítulo V.

<sup>12</sup> SRS 39.

<sup>13</sup> Cf. FELICE, Francesco di, "Globalizzazione e solidarietà", en *L'Osservatore Romano* (17.6.2001), p. 9.

pero, por desgracia, también para la miseria. Todos somos "relación",<sup>14</sup> estamos ligados con todos, todos somos deudores de todos; el hombre es un ser *comunitario*<sup>15</sup> (*ser-con-los-demás*); la naturaleza humana ha sido construida solidaria, aunque nos cueste reconocerlo. La solidaridad es la única respuesta coherente a un mundo cada vez más interdependiente. O dicho con palabras de la *Sollicitudo rei socialis*: "La interdependencia debe convertirse en solidaridad, fundada en el principio de que los bienes de la creación están destinados a todos. Y lo que la industria humana produce con la colaboración de las materias primas y con la aportación del trabajo debe servir igualmente al bien de todos".<sup>16</sup>

La globalización *no* debe ser soportada como una *fatalidad ni* celebrada como una *panacea*. La globalización es una evolución socio-económico-cultural que debe ser orientada y dominada con el fin de que pueda aportar a la mayoría de personas, y especialmente a los más pobres, los frutos de la justicia y de la paz. El mismo PNUD, en su *Informe 1992*, se formula esta apremiante y perturbadora pregunta de gran calado ético: "En un período de rápida globalización económica, ¿quién protegerá los intereses de los pobres del mundo?"<sup>17</sup>

La genuina globalización "coloca a la Iglesia en un nuevo contexto para ejercer su misión de universalización respecto del mundo",<sup>18</sup> a la vez que nos descubre que Dios es Padre de todos los hombres, que Dios es universal, común a todos los seres humanos del planeta, y de ahí se deriva la conciencia de unidad del género humano, que conlleva la idea de fraternidad y justicia universales.

La Comisión Justicia y Paz de Francia en un documento de 1999, titulado *Maîtriser la Mondialisation*, afirma:

"La mundialización [la globalización] no es ni completamente buena ni completamente mala. Ella inscribe su camino entre dos universalismos, el de Babel, totalitario y peligroso, y el de Pentecostés, liberador. ¿Hacia cuál se inclinará sobre todo, en el futuro, la globalización?"<sup>19</sup>

El documento deja abierto el interrogante y nos invita a rechazar el uniformismo de Babel con su cortejo de dominaciones e injusticias y a apostar decididamente por

---

<sup>14</sup> Cf. SALES, Michel, *Gaston Fessard (1897-1978). Genèse d'une pensée. Suivi d'un résumé du "Mystère de la Société" par Gaston Fessard*. Bruxelles, Culture et Vérité, 1997, p. 46.

<sup>15</sup> Cf. PALUMBIERI, Sabino, "Un paradoso chiamato uomo", en *Euntes docete-Rivista della Pontificia Università Urbaniana di Roma* LIII (2000) 2, p. 43.

<sup>16</sup> SRS 39 c.

<sup>17</sup> PNUD 1992, p. 167.

<sup>18</sup> JOBLIN, Joseph, "Actualité du christianisme dans le processus de mondialisation", en *Communio-Revue Catholique Internationale* 147 (2000), p. 69.

<sup>19</sup> JUSTICE ET PAIX-FRANCE, *Maîtriser la mondialisation. Avant-propos de Mgr. Jacques Delaporte. Notes d'approfondissement de Daniel Maquart*. Paris, Bayard Éditions. Centurion/Cerf/Fleurus-Mame, 1999, p. 49.

el verdadero universalismo de Pentecostés, fundado sobre el respeto a las diferencias y a las libertades, con una exigencia creciente de solidaridad.

Como conclusión diría: La solidaridad es la auténtica respuesta ética y teológica a la interdependencia. Vivimos en un mundo cada vez más interdependiente, pero no más solidario. La interdependencia es un hecho; la solidaridad, en cambio, una conquista moral. Y, consecuentemente, un mundo cada vez más interdependiente y regido por una economía siempre más globalizada, sin solidaridad, es cruel.

Si tuviera que resumir en unas pocas líneas el contenido de esta comunicación, repetiría las palabras de Pablo VI en su encíclica *Populorum progressio*: "Hoy el hecho más importante del que todos deben tomar conciencia es el de que la *cuestión social* ha tomado una dimensión mundial"<sup>20</sup> y, añadiría, que la mejor respuesta a esta *cuestión social* es una globalización solidaria de rostro humano, que permita a los países pobres alcanzar su pleno y autónomo desarrollo, única garantía que puede asegurar al mundo la paz.

Hoy el gran problema social es la situación de injusticia en la que se encuentra el planeta: casi la mitad de los habitantes del mundo -2.800 millones- viven en la pobreza con menos de dos dólares diarios, sin unos medios de vida y unos ingresos que les permitan llevar una vida digna. Mantener en la pobreza a la mitad de la humanidad es éticamente inaceptable y humanamente insostenible.<sup>21</sup> Hasta el mismo semanario londinense *The Economist* (23.9.2000), la "biblia" para los neoliberales de hoy, ha escrito: "Los disconformes tienen razón al decir que la cuestión moral, política y económica más urgente de nuestra época es la pobreza en el Tercer Mundo. Y tienen razón cuando dicen que la ola de la globalización, por muy potente que sea su impulso, puede ser rechazada. El hecho de que ambas cosas sean verdaderas es lo que hace terriblemente peligrosos a los disconformes, y especialmente a la corriente de opinión que simpatiza con ellos".<sup>22</sup>

Si no actuamos solidariamente y con rapidez en favor del desarrollo humano de los pueblos empobrecidos, seremos víctimas de su miseria que nos hemos limitado a observar con indiferencia.

Contra la mundialización del egoísmo, ha llegado la hora de afirmar con rotundidad que estamos radicalmente a favor de la globalización de la solidaridad.

Después del 11 de septiembre del 2001 a todos preocupa la seguridad, pero la raíz del problema no es la seguridad sino la falta de justicia y solidaridad. Un mundo con mil millones de personas que pasan hambre y con una cuarta parte de su

---

<sup>20</sup> PP 3.

<sup>21</sup> Cf. CARRERAS, Ignasi, "ONGs y movimientos críticos con la globalización", en *El País* (26.7.2001) p. 12.

<sup>22</sup> Citado por CASSEN, Bernard, "Sudores fríos en la galaxia liberal. ¿Es irreversible la globalización?", en *Le Monde diplomatique* (edición española) 63 (2001), p. 6.

población sumida en la pobreza severa<sup>23</sup> no puede ser seguro. ¿Acaso puede conseguirse un mundo más seguro sin lograr que también sea más justo y solidario? Dos lemas: uno de Pío XII y el otro de Juan Pablo II nos indican el único camino certero a seguir: *Opus iustitiae pax*, la paz como fruto de la justicia y *Opus solidaritatis pax*, la paz como fruto de la solidaridad.<sup>24</sup> Ojalá, gracias al impulso de la DSI y de otras instancias, vaya creciendo el convencimiento general de que un mundo más seguro tiene que ser un mundo más justo y solidario. La alternativa a la barbarie, a la violencia, al terrorismo, a la guerra, hoy más que nunca, radica en construir una sociedad respetuosa con los derechos humanos, es decir, más justa, más libre, más democrática, más pacífica y más solidaria.

Joan Bestard Comas  
11 de Mayo de 2002

---

<sup>23</sup> Cf. *PNUD 1997*, p. 2.

<sup>24</sup> Cf. *SRS 39*.